

¡Adiós las hermosas mujeres de la India! Cuando por la tarde volvió el buque a coger *el largo*, Silvestre seguía en posesión de su honestidad de niño.

Una semana duró la navegación antes de volver a tocar tierra. Esta vez era un país habitado por hombres amarillos, que trajeron carbón a bordo en sendos canastos.

—¿Estamos ya en la China?—preguntó Silvestre, viendo que todos aquellos individuos tenían las narices aplastadas y llevaban trenzas colgando de la nuca.

Le contestaron que todavía aquello no era la China: estaban sencillamente en Singapoore. Entonces tornó a refugiarse en lo alto de su cofa, huyendo del polvo negro del carbón que el viento iba llevando a todas partes.

Por fin, un día llegaron a un puerto llamado Turana, donde se encontraba el buque de guerra *Circe*, que sostenía el bloqueo. Silvestre pasó acto continuo a formar parte de la dotación de aquel buque, en el que había varios paisanos suyos, pescadores de Islandia como él, que eran artilleros a bordo.

Por las noches, templadas y tranquilas, se reunían sobre el puente, y gozaban evocando los recuerdos de la Bretaña.

Cinco meses de inacción y de destierro tuvieron que pasar en aquella bahía triste, antes de que llegara para ellos el deseado momento de ir a batirse con los chinos.

Transportemos a nuestros lectores con la imaginación a Paimpol, en el último día de febrero, víspera de la partida de los pescadores para su campaña en Islandia.

Gaud, muy pálida, se mantenía inmóvil a la puerta de su alcoba.

Era que Juan estaba abajo hablando con el señor Mével. Le había visto venir, y oía vagamente el sonido de su voz.

No habían vuelto a encontrarse en todo el invierno, como si una fatalidad les mantuviese alejados el uno del otro.

Después de su visita a Pors-Even, fundó algunas esperanzas en la función religiosa conocida en el país con el nombre de *Perdón de los Islandeses*, la cual daba ocasión a verse y hablarse en la plaza, donde se formaban numerosos grupos. Pero la mañana misma de la fiesta, cuando los balcones ostentaban ya sus colgaduras adornadas de guirnaldas verdes, la lluvia empezó a caer a torrentes, empujada por la brisa del Oeste: los habitantes de Paimpol no recordaban haber visto nunca sobre su ciudad un cielo tan negro.

—¡Qué fastidio!—decían las muchachas que es-  
peraban sacar novio—. Los de Ploubazlanec no  
vendrán a la fiesta.

Y en efecto, los más se abstuvieron de ir y a  
los pocos que se determinaron a hacer el viaje,  
les faltó tiempo para encerrarse en las tabernas.  
Ni hubo procesión ni paseo: Margarita, más triste  
que de costumbre, había permanecido toda la no-  
che tras de los vidrios de su ventana, escuchando  
el rumor del agua que caía de los canalones y los  
cantos ruidosos de los pescadores, inspirados por  
copiosas libaciones.

No había dejado ella de prever la visita de Juan,  
figurándose que el señor Gaos, que no gustaba de  
ir a Paimpol, enviaría a su hijo para arreglar de-  
finitivamente el consabido negocio de la barca. Ha-  
bíase propuesto jugar el todo por el todo, con tal  
de salir de la incertidumbre que la atormentaba;  
echarle en cara que había turbado su tranquili-  
dad para no hacerla caso después, portándose como  
un hombre poco delicado. ¿Era la actitud de Juan  
obstinación, hurañez, amor exagerado a su pro-  
fesión de marinero o temor de una negativa?

Si no era más que cualquiera de esos obstáculos,  
como pretendía Silvestre, era posible que desapa-  
recieran, mediante una explicación franca por una  
y otra parte. Aquella esperanza la devolvía el va-  
lor, llenándola de dulce impaciencia.

¡Desde lejos, todo parece tan fácil, tan sencillo  
de hacer y de decir!

Y precisamente, parecía que Juan había elegido

para su visita la hora que mejor cuadraba a los  
planes de la joven, pues era cosa segura que el se-  
ñor Mével, que en aquel momento fumaba su pipa,  
no se molestaría en levantarse para ir a despe-  
dirle; por lo tanto, el corredor que conducía a la  
puerta de la calle estaría desierto y podrían tener,  
sin testigos inoportunos, la explicación que ella  
proyectaba.

A medida que veía acercarse el momento deci-  
sivo, íbale pareciendo más atrevida y audaz su  
determinación. La sola idea de encontrarse sola,  
frente a frente con él, la hacía temblar, y su co-  
razón palpitaba con violencia inaudita...

No; decididamente, jamás se atrevería: antes  
se dejaría morir de desesperación, que arriesgarse  
a hacer semejante cosa... Cuadraba mejor a su  
dignidad volverse a su cuarto, a continuar la labor  
interrumpida... Ya había dado algunos pasos para  
alejarse, cuando de nuevo la hizo detenerse, vaci-  
lante, el pensamiento de que al día siguiente tendría  
lugar la partida de los pescadores para Islandia,  
y que habían de pasar largos meses antes de tener  
ocasión tan favorable como la que se la presentaba  
para salir de su cruel incertidumbre.

El ruido de una puerta que se abría, vino a  
sorprenderla en su lucha consigo misma. ¡Juan  
se marchaba. Y adoptando bruscamente una re-  
solución suprema, bajó corriendo la escalera, para  
encontrarse con él antes de que llegara a la  
puerta.

—Quisiera hablaros, si no os molesta, señor Juan—dijo con voz temblorosa.

—¿A mí, señorita Gaud?—contestó él, llevando la mano a su sombrero.

La miraba con un aire huraño que comunicaba a sus ojos una expresión dura; hasta parecía dudoso de si detenerse o no ante la inesperada aparición de la hija del señor Mével, y arrimaba a la pared sus anchas espaldas, como tratando de estar menos cerca de ella en aquel corredor estrecho donde se veía cogido como en una ratonera.

Margarita sentía helársele la sangre al ver la actitud del hombre por quien sacrificaba su dignidad. No podía recordar una sola frase del discurso que había preparado: todo lo había previsto, excepto la glacial indiferencia, el desdén, mejor dicho, con que era acogida su presencia.

—¿Os da miedo nuestra casa, señor Juan?

Y su voz tomaba, a pesar suyo, un timbre opaco y estridente, bien distinto por cierto del que ella hubiera querido imprimirle.

El, mientras tanto, dirigía su vista hacia una de las ventanas, con la visible preocupación de no fijarla en Gaud, y se notaba que la sangre acudía en tropel a sus mejillas, revelando la contrariedad que experimentaba.

La joven comprendió que debía continuar diciendo algo, aun cuando no fuese más que por no prolongar aquella situación, violenta para ambos.

—La noche que estuvimos juntos en el baile os despedisteis de mí como no se despide uno de la persona que le es indiferente... ¿Habéis perdido quizá la memoria, señor Juan? ¿Qué os he hecho yo?

Después de pronunciadas estas frases, que salían como estranguladas de su garganta, Gaud enmudeció, sintiendo que su cabeza daba vueltas, sin que una idea salvadora acudiese a su imaginación.

En tanto que tenía lugar esta escena, habían ido acercándose poco a poco hacia la puerta, por la que entraba a bocanadas el viento del Oeste. Una vecina de enfrente se entretenía en mirarles, como preguntándose qué diablos tendrían que decirse el uno al otro en aquel corredor desierto y con semejante aire de turbación.

—No, señorita Gaud—dijo Juan al fin, adelantándose siempre hacia la puerta—. Ya hablan de nosotros en el país más de lo que convendría... No, no, señorita Gaud... Vos sois rica, no pertenecemos a la misma clase. Yo no estoy en condiciones de ocuparme de vos. Pasadlo bien, señorita Gaud.

Y se marchó sin más cumplimientos.

Margarita se quedó como clavada en su sitio, acometida de un vértigo que hacía dar vueltas a las cosas en torno suyo. Ni siquiera había podido decir lo que tenía pensamiento de haber dicho en aquella entrevista, cuyo único resultado había

sido hacerla pasar a los ojos de Juan por una descarada.

¿Qué clase de hombre era aquel Juan, con su desdén de las mujeres, del dinero y de todo?

Súbitamente su imaginación se vió asaltada por una idea que la causaba indecible tormento: ¡si Juan contaría el suceso a los compañeros que le aguardaban reunidos en la plaza y serviría de mofa a los pescadores! Perseguida por este temor, se apresuró a subir a su alcoba para observar a los islandeses a través de los visillos.

Delante de la casa había, en efecto, un numeroso grupo de hombres; pero se ocupaban sencillamente en observar el tiempo, que se ensombrecía más a cada momento, y hacían conjeturas sobre la lluvia que amenazaba, diciéndose unos a otros:

—No es más que una *racha*; entremos a beber mientras pasa.

Y luego prorrumpieron en ruidosas bromas a propósito de Jenny Caroff y otras muchachas paimpolesas, pero ninguno de ellos miró siquiera a la ventana de la hija de Mével.

Todos los marineros parecían contentos y alegres, excepto Juan, que no tomaba parte en sus bromas, permaneciendo grave y triste. No entró a beber con los demás, y sin ocuparse de ellos, ni de la lluvia que empezaba a caer, atravesó lentamente la plaza, como un hombre que va abismado en sus reflexiones, en dirección a Ploutbazlanec.

Entonces ella, en su fuero interno, se lo perdonó todo, y un sentimiento de ternura sin esperanza, sucedió al amargo despecho que momentos antes la había invadido el corazón.

Gaud se sentó, apoyando la frente en sus manos. ¿Qué debía hacer en vista de lo ocurrido?

¡Oh, si hubiera podido hacerse escuchar de él con tranquilidad! Su amor hacia Juan era bastante intenso, bastante casto para poder ser confesado frente a frente y sin rubor. Ella quisiera haberle dicho: "Me has buscado cuando yo no te conocía ni pensaba en ti; ahora, mi alma toda es tuya. No me asusta la idea de ser la mujer de un pescador, sin embargo de que mi posición me permite elegir un marido entre los jóvenes más ricos y más gallardos de Paimpol; pero te amo a ti, porque te creo mejor que los otros; sé que soy rica y que soy linda, y soy honrada a pesar de haber habitado en las grandes ciudades; ¿por qué, pues, no hemos de entendernos?..." Pero todo aquello no se lo diría ya nunca, ¡oh, nunca! La ocasión había pasado, y en cuanto a tratar por segunda vez de verle, demasiado sabía que no era posible. ¿Qué pensaría entonces de ella?... Prefería morir con su pena.

.....

Sola, en su hermosa alcoba bien amueblada, transida de frío, la parecía que el mundo se desplomaba con las cosas presentes y las venideras, en el fondo de un vacío lúgubre que se iba formando en torno suyo.

Deseaba verse desembarazada de la vida, estar ya acostada bien tranquila bajo una losa funeraria, para no sufrir... Pero en el fondo le perdonaba, y ni un átomo de odio se mezclaba a su amor desesperado por el que iba a ausentarse al día siguiente.

## XVIII

El mar; el mar gris.

Sobre la gran ruta, no trazada, que conduce cada año a los pescadores a su campaña de Islandia, Juan navegaba prósperamente desde hacía veinticuatro horas.

Parecía más silencioso y preocupado que de costumbre. Quejábase del viento, que impulsaba la nave con harta lentitud, y se le veía agitarse como para desechar de su espíritu algo que le inspiraba disgusto. Lo malo era que no había nada que hacer a bordo; nada más que dejarse deslizar suavemente en medio de cosas tranquilas. Si miraba, no veía más que profundidades grises; si escuchaba, no oía más que el silencio.

De pronto sintióse un rumor sordo apenas perceptible, pero inusitado, y que venía de abajo con una sensación de rozamiento, como se siente en un carruaje cuando se aprietan los frenos de las ruedas. Y la *María*, interrumpiendo su marcha, se quedó inmóvil.

• Sin duda habían encallado. ¿Pero dónde y sobre qué? Probablemente en algún banco de la cos-

ta inglesa, que las brumas habían ocultado a su vista hasta entonces.

Los marineros corrían, se agitaban, y su excitación de movimiento contrastaba con aquella tranquilidad del barco, que parecía retenido por una poderosa mano invisible.

¿Quién no ha visto un pobre pájaro adherido por las patas a la traidora liga? Así estaba la *Maria* en medio de la inmensidad de las cosas flúidas.

Para el profano a la navegación, tal situación de un barco no ofrece aspecto de gravedad; un poco inclinado estaba el casco, es cierto; pero el tropiezo tenía lugar en pleno día, y el tiempo estaba en calma.

Había que ser marino para comprender bien el serio del caso.

El patrón estaba muy apurado, echándose a sí mismo la culpa del riesgo que corrían la nave y sus tripulantes, por no haberse ocupado lo bastante de vigilar el derrotero. Agitaba sus brazos en el aire, exclamando con desesperación:

—¡Madre de Dios, madre de Dios!

No lejos de ellos, perdido entre la bruma, distinguíase vagamente un cabo, que no podían reconocer bien. Por lo demás, ni una vela, ni un penacho de humo en el horizonte.

Hasta el mismo *Turco*, el perro de a bordo, parecía muy emocionado por el accidente; aquellos ruidos que venían de abajo, aquellas recias sacudidas al paso de la ola, seguidas de aquellas inmovilidades, se le alcanzaba perfectamente que no eran

naturales, y andaba ocultándose por los rincones con el rabo entre piernas.

Las gentes de la *Maria* pusieron en práctica todos los medios acostumbrados en semejante circunstancia para *zafarse*, y trabajaron rúdamente por espacio de diez horas; pero llegaba la noche, y el barco, sacudido de todas maneras y en todos sentidos, permanecía allí sujeto, siempre agarrado por la mano potente y misteriosa que le había detenido en su camino.

Con la llegada de la noche, el viento se hizo más fuerte y la ola más alta: la situación iba inspirando serios temores, cuando súbitamente, a cosa de las siete, el barco arrancó, rompiendo las amarras que habían echado para precaverse. Entonces vióse a los tripulantes correr como locos de la popa a la proa y viceversa, gritando:

—¡Estamos a flote!

¡Cómo explicar aquella alegría de flotar de nuevo, de sentirse deslizar de nuevo sobre la superficie de las olas, de volver a sentirse sobre una cosa ligera, viviente, en lugar de ocupar una boya, como un momento antes!

Y al propio tiempo, la tristeza de Juan desapareció también como por encanto. Libre ya su imaginación, como el buque; curado del mal del espíritu por la fatiga del cuerpo, había recuperado su aire indiferente y desechado los recuerdos que le asediaban.

Al día siguiente, mientras continuaban su viaje hacia el mar de Islandia, su corazón, en apariencia, estaba tan libre como en sus primeros años.

## XIX

Allá, a bordo de la *Circe*, al otro extremo de la tierra, en la rada de Ha-Long, se distribuía un correo que acababa de llegar de Francia. Ocupando el centro de un compacto grupo de marineros, el contramaestre iba llamando en alta voz a los marineros para quienes había cartas. La escena tenía lugar por la noche en la batería, a la luz de un fanal.

—¡Silvestre Moan!—gritó la voz del contramaestre.

El joven gaviero se apresuró a tomar la carta que le venía destinada y que traía el timbre del correo de Paimpol; pero con sorpresa suya, notó que la letra del sobre no era de Gaud. ¿De quién sería entonces aquella carta?

Por último se decidió a abrirla, no sin cierto temor.

La carta empezaba así:

“Ploubazlanec, 5 marzo de 1884.

Mi queridísimo nieto...”

.....  
Era de la abuelita inolvidable. Entonces, Silves-

tre respiró con más libertad, sobre todo cuando vió al pie le firma de la anciana, única cosa que sabía escribir la pobre.

Silvestre, por un movimiento irresistible, llevó el papel a sus labios, besando la firma como se besa un amuleto. Era que la misiva llegaba a sus manos en un momento crítico de su vida: en efecto, al amanecer del siguiente día debían bajar a tierra para combatir al enemigo.

Mediaba el mes de abril: Bac-Ninh y Hong-Hoa acababan de ser tomados por los franceses. En vista de la tardanza de los refuerzos pedidos para el Tonkin, los jefes tomaban cuantos hombres podía facilitar la escuadra, para completar las compañías de infantería de Marina que operaban en tierra. He aquí por qué Silvestre, que había estado languideciendo una porción de meses entre cruceros y bloqueos, acababa de ser designado, en unión de otros compañeros suyos, para reponer las bajas de una compañía.

Habiendo arreglado sus mochilas, terminado sus preparativos y despedidos cada cual de sus amigos, los que habían de partir se pasearon toda la noche por en medio de los que se quedaban, sintiéndose engrandecidos y orgullosos respecto de estos últimos, porque iban a medir sus fuerzas con las del enemigo. Cada cual manifestaba a su manera las impresiones que le causaba la proximidad de la lucha; unos se ponían graves, otros charlaban por los codos.

En cuanto a Silvestre, estaba silencioso y sen-

tía una impaciencia reconcentrada. No se hacía una idea completa de la guerra y del combate; pero estas cosas terribles le fascinaban, porque era de raza de valientes.

La carta le preocupaba mucho.

Al principio de ella, la abuela Moan explicaba por qué había tenido que recurrir a la mano experta de una vecina suya.

"Mi querido nieto (le decía): Esta vez no me sirve Gaud de secretaria, porque está en una situación bien penosa. Su padre ha muerto repentinamente, hace dos días, y parece que ha perdido toda su fortuna en ese demonio de juego que llaman la Bolsa, al cual se aficionó en París el invierno último. Los acreedores van a poner en venta todo cuanto poseía el difunto. Supongo, mi querido nieto, que esta desgracia te causará tanta pena como a mí y a todas las gentes del país.

"Tu amigo Juan Gaos me encarga que te salude de su parte; ha renovado su contrata con el patrón Germeur, de la *María*, y está ya en camino para Islandia, desde el 1.º de este mes, dos días antes de suceder el infortunio de nuestra pobre Gaud; es decir, que no sabe nada de este triste suceso.

"Excuso decirte que ahora Gaud es una pobre como nosotros, que tendrá que trabajar para ganar la vida..."

Silvestre se sintió aterrado por esta lectura, que le disminuía el placer de ir a batirse.



Para los marinos, los annamitas, los tonkineses y los piratas llamados *pabellones negros*, todos son chinos.

Al cabo de poco tiempo cesó el aguacero de plomo, y el silencio volvió a reinar en la gran llanura verde, donde nada se movía.

Los marinos divisaban a lo lejos un bosquecillo de bambúes, que formaba como un islote de plumas verdes en la llanura, y detrás del cual se veían unos techos puntiagudos. De allí, sin duda, habían salido las balas. Entonces echaron a correr en dirección al bosquecillo, yendo Silvestre delante, impulsado por su amor juvenil y por la extraordinaria agilidad de sus piernas.

A medida que se iban aproximando, los bambúes acentuaban mejor la delicadeza exótica de su follaje, y los hombres amarillos, que ahora empezaban a divisarse escondidos tras de los árboles, asomaban sus rostros aplastados, contraídos por la malicia y el miedo.

De súbito, abandonando el bosquecillo con estridente gritería, se desplegaron en campo raso en larga línea, algo temblona, pero decidida y peligrosa.

—¡Los chinos!—volvieron a exclamar los marinos, con la misma sonrisa despreciativa que antes.

En aquella jornada, Silvestre estuvo hecho un valiente; la vieja abuela Moan se hubiera enorgu-

llecido de ver a su nieto convertido en bravo guerrero.

Parecía estar en su elemento. En un instante de suprema indecisión, cuando los marineros, agobiados por el número, iban a comenzar el movimiento de retirada, que hubiera sido la muerte segura de todos ellos, Silvestre había continuado avanzando, y cogiendo su fusil por el extremo del cañón, hizo cara a todo un grupo, menudeando a diestro y siniestro culatazos, cada uno de los cuales derribaba un hombre en tierra. Gracias a él, el combate cambió rápidamente de aspecto; la indecisión pasó del lado de los chinos, quienes, a su vez, emprendieron la retirada, hasta declararse en precipitada fuga.

Los marineros no hacían más que cargar y descargar sus armas de tiro rápido, cazándolos como si fueran conejos. Había en la hierba charcos rojos, cuerpos desvencijados y cráneos agujereados que vertían masa cerebral en el agua del arroyo.

Los chinos huían encorvados como leopardos. Silvestre corría tras ellos, herido ya por dos veces con un lanzazo en la ingle y un profundo corte en el brazo, pero sin sentir nada más que la embriaguez de batirse; esa embriaguez que proviene de una sangre vigorosa; la que da a los pusilánimes el valor sublime; la que hizo los antiguos héroes.

Uno de los chinos a quien perseguía se volvió para apuntarle en una inspiración de terror desesperado. Silvestre se detuvo, sonriente, desdeñoso,

magnífico de serenidad, para dejarle descargar su arma, aunque cuidando de inclinarse un poco a la izquierda, viendo la dirección del tiro que iba a salir; pero en el movimiento que se produce al oprimir el gatillo un pulso poco seguro, el cañón del fusil, por funesta casualidad, se desvió en el mismo sentido. Experimentó entonces una conmoción en el pecho, y comprendiendo bien lo que era, movido por un relámpago del pensamiento, y aun antes de empezar a sentir el dolor de la herida, volvió la cabeza hacia los camaradas que le seguían, para decirles, como lo hubiera hecho un veterano, la frase consagrada:

—¡Creo que me han dado la cuenta completa!

En la aspiración que hizo, fatigado de correr, para llenar de aire sus pulmones, sintió que también penetraba aire por el agujerito que llevaba en la tetilla derecha, con un pequeño ruido como en un fuelle roto. Al mismo tiempo se le llenó la boca de sangre, y empezaba a sufrir en el costado un dolor agudo que se exasperaba por segundos, hasta convertirse en poco tiempo en algo atroz e indecible.

Dió dos o tres vueltas sobre sí mismo, con la cabeza perdida de vértigo y tratando con mil penas de recobrar la respiración en medio de todo aquel líquido rojo, cuya subida le ahogaba, hasta que, no pudiendo ya conservar el equilibrio, cayó pesadamente en el suelo fangoso.

## XXI

Habían pasado quince días.

Silvestre, a quien enviaron a Hanoi con otros heridos, fué transportado a la bahía de Ha-Long y dejado a bordo de un buque-hospital que regresaba a Francia.

Había hecho un doloroso viaje en varias camillas, deteniéndose en todas las ambulancias del tránsito. Los cirujanos lo trataron lo mejor que pudieron; pero operado en tan malas condiciones, su pecho se había ido llenando de agua, del lado herido, y el aire continuaba entrando con un ruido siniestro, por aquel agujero que no podía cerrarse.

Sus jefes le habían condecorado con la medalla militar, honor que había procurado un momento de alegría al pobre herido. Pero ya no era éste el bravo marino de unos días antes, de aspecto marcial y decidido, de voz breve y vibrante. No; el largo sufrimiento y la fiebre habían trocado aquel ser vigoroso en un niño débil, que echaba de menos la cabaña natal y los solícitos cuidados de su abuelita. Sentirse tan malo y estar lejos, ¡muy lejos!; pensar que habían de pasar tantos días antes de que pudiera llegar a la patria... ;Duraría has-